

# SIC, El Centro Gumilla y la democracia venezolana

En este mes de enero de 1993 la Revista SIC arribó a su LV aniversario y el Centro Gumilla a su XXV aniversario. El país se abre a un año incierto. Tanto la revista SIC como el Centro Gumilla han encontrado su razón de ser durante tantos años en la contribución, pequeña y constante, al fortalecimiento de una democracia con pueblo en Venezuela dentro del marco de la Patria Grande, América Latina. Esta contribución la hemos intentado y vivido inspirada en la fe cristiana que da sentido a nuestras vidas y como una de las dimensiones del múltiple servicio que la Iglesia Católica Venezolana ha querido hacer al país, y que ha reafirmado en la reciente exhortación «reconciliación y solidaridad» de la Conferencia Episcopal Venezolana (ver la sección «Documentos» de este número de SIC), encarnado entre nosotros el espíritu de la IV Conferencia del Episcopado Latinoamericano de Santo Domingo (octubre de 1992). El Dios-Padre en quien creemos se hace presencia histórica en unas relaciones solidarias y fraternales entre las personas humanas, en sociedades orientadas a la realización de la justicia. La sociedad venezolana vive la tensión entre los deseos de justicia de muchos y una realidad lejana a esos deseos, llena de inhumanidad e injusticia.

## La incertidumbre de la transición histórica

Hace cinco años dedicamos el número 500 de la Revista SIC a hacer un balance de 30 años de democracia en Venezuela, no por la magia de las cifras sino porque percibíamos que estábamos llegando al fin de un ciclo histórico y no escrutábamos signos de cambios profundos. Entonces editorializábamos así:

*«Nosotros pensamos que lo que ocurrirá no será un simple reajuste. Se está creando un nuevo sujeto histórico. Personas distintas y nuevas formas de interacción en la sociedad civil. Los procesos están en marcha y las direcciones son divergentes. En parte se va al abandono del todo en manos de especialistas y a concentración en los intereses propios y de los suyos, se va al anonimato y la parcelación social, a un vivir en base a preferencias que desconoce y arrinconan a los «menos favorecidos». También se camina hacia nuevas formas de convivencia y de corresponsabilidad, hacia interacciones concretas y participación efectiva, hacia intereses comunes y sacrificios compartidos. Nosotros nos apuntamos en esta dirección hacia un nuevo pacto social. En él el pueblo, es decir, los de abajo, que superan hoy el 80% de los venezolanos, no puede ser el menor de edad no deliberante, objeto de la acción, así sea altruista de los otros sectores sociales. El pueblo tiene que autorreconocerse como sujeto y buscar expresiones institucionales de esta condición primordial. Al pueblo tienen que reconocer esta condición e instaurarse un verdadero diálogo histórico.*

*El futuro no está escrito. No cualquier cosa puede ser hecha. Pero sí algunas. Si cada uno de los venezolanos no absolutizamos nuestra posición actual defendiéndola como lobos. Si nos abrimos a comprender el conjunto y nos preguntamos si nuestro lugar en él es justo y productivo para el conjunto. Si estamos dispuestos a correr con los costos que suponen los cambios.»*

Los signos de esa transición histórica son hoy mucho más evidentes para todos. Hemos retrocedido por la pendiente del empobrecimiento colectivo hasta niveles de salario semejantes a los de los años cuarenta. Los ajustes económicos, prometedores de un viraje hacia un futuro mejor, han sido cortados a la medida de intereses minoritarios, vinculados a las fuerzas dominantes en el mercado internacional. Hemos conocido formas de violencia que creíamos definitivamente superadas: la explosión social espontánea del 27 de febrero de 1989 contestada con la mayor represión de las Fuerzas Armadas y policiales contra la población que conozca la historia venezolana. Los alzamientos militares del 4 de febrero y del 27 de noviembre de 1992. La multiforme violencia social, especialmente en los barrios urbanos que hace cada vez más precaria la convivencia social y obstaculiza el crecimiento de las organizaciones del pueblo,cimiento de una sociedad civil fuerte. El deterioro de los servicios públicos, especialmente aquellos dirigidos a cuidar la salud de niños y ancianos, y el sistema educativo, se han convertido en una pesada hipoteca para el futuro. El Estado ha perdido la capacidad de cumplir con sus objetivos básicos. Se ha desmoronado la confianza en las instituciones públicas...

En estos momentos de cambio son mucho más evidentes los signos de lo que termina que los de lo nuevo que va naciendo. El camino recorrido no ha sido en vano. Estamos en mejores condiciones que hace veinticinco y cincuenta y cinco años para tomar las

riendas en nuestras propias manos. La Incertidumbre es la garantía de nuestra libertad. La certeza es propia de quien está «programado» desde fuera de sí mismo. La incertidumbre, con toda la angustia que puede generarnos, es el terreno de la creación política y social que nos permite empezar a hacer realidad los sueños de una sociedad justa.

## Varios lustros de camino

SIC abrió sus ojos en momentos de mucha incertidumbre nacional. Muerto Juan Vicente Gómez en diciembre de 1935 había que transitar desde las «seguridades» de treinta y cinco años de despotismo, durante los cuales se había unificado al país y centralizado el Estado Nacional, fortalecido con la afluencia de la renta petrolera, hacia una modernización económica y política. «Sembrar el petróleo» y «vivir en democracia» eran dos grandes aspiraciones, entendidas de diverso modo por las élites y por la población. Se luchaba por el control de ese proceso de modernización y la estrategia a seguir era objeto de discusión. Los espacios sociales para los diferentes actores no estaban delimitados y las reglas del juego político estaban por establecerse. De esa manera se sucedieron gobiernos de las élites cívico-militares, un corto esfuerzo de democracia populista y de una década de dominio de la institución militar. Ventidós años en los que se dieron pasos en la creación de la infraestructura moderna del país, se diversificó la estructura del Estado, se promovieron las principales instituciones públicas y se afianzó el modelo rentista-petrolero de la economía y del gasto público. Los espacios de participación directa del pueblo en las decisiones fueron más bien pocos, normalmente promovidos de un modo populista.

En 1958 se dieron las condiciones para el establecimiento de una alianza entre élites que puso en manos de los partidos políticos populistas y no-comunistas la directa gestión de la política, a través del Estado y del Gobierno. Se ampliaron los espacios de participación social. Las elecciones se convirtieron en el símbolo de la democracia por la que se había luchado y la abundancia de la renta petrolera permitió garantizar la adhesión de las masas a un modelo de desarrollo funcional a los intereses norteamericanos y de las élites empresariales locales.

La preocupación por la injusticia social en América Latina que había despertado en la Iglesia durante la década de los cincuenta, hizo que la Compañía de Jesús organizara los Centros de Investigación y Acción Social (CIAS), cuyos objetivos eran contribuir a la promoción popular y la búsqueda y difusión de modelos de desarrollo en el horizonte de la justicia social. Desde 1959 se comenzó a dar los pasos para fundar el CIAS de Venezuela. Integrado el equipo y con unos años de trabajo juntos, se da el paso de fundar el Centro Gumilla en 1968. Se escogió el nombre como homenaje al P. José Gumilla, jesuita misionero en las riberas del gran río en la primera mitad del siglo XVIII. Su preocupación por descubrir y describir la realidad geográfica y cultural de esa zona, a la vez que promovía organizaciones misioneras inspiradas en el modelo de las «reducciones» del Paraguay, fueron un modelo de lo que los jesuitas del CIAS se planteaban hacer en la Venezuela de la segunda mitad del siglo XX: contribuir con modelos realizables de sociedad justa, formar y estimular personas dispuestas a transformar la realidad social, incidir en la opinión pública, promover la organización popular, irse sumergiendo en la cultura y vida del pueblo...

## Nuestro compromiso con el futuro

Ante la nueva fase histórica que se le abre a Venezuela y América Latina, SIC y el Centro Gumilla renuevan su antiguo compromiso, el que ha dado sentido a muchos años de esfuerzo, de servir al pueblo. Para realizar ese servicio desde las exigencias de la fe en Jesús de Nazareth, nuestro primer compromiso es radicalizar nuestra pertenencia a ese pueblo. Desde esa identidad y esa perspectiva vital ayudamos al fortalecimiento de las organizaciones populares como sujeto

histórico de la democracia con pueblo que aspiramos como régimen político.

Quizá el mayor reto al que nos enfrentamos como pueblo de Venezuela se refiere a lograr la transición efectiva hacia una sociedad productiva. De receptores de renta petrolera debemos pasar a productores de riqueza conjuntamente generada y distribuida con justicia. Eso nos obliga a capacitarnos como sujetos económicos, políticos y sociales. Sin una transformación de fondo de las motivaciones y actitudes que hemos introyectado durante décadas de «rentismo» no podremos contribuir al cambio radical cuya oportunidad está abriéndose.

De aquí se desprende la enorme importancia de la educación y de la actividad cultural en general. Nos sentimos comprometidos a contribuir en esta tarea de abrir los ojos frente a la realidad, de aceptar las limitaciones que como pueblo tenemos para hacer «sujetos» del futuro, para superarlas encontrando formas viables de hacer realidad el horizonte que nos mueve de una sociedad económicamente justa, políticamente democrática y socialmente libre y pluralista.